

# Repertorio Americano

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 21 de Febrero

Núm. 7

Año XII. No. 527

## SUMARIO

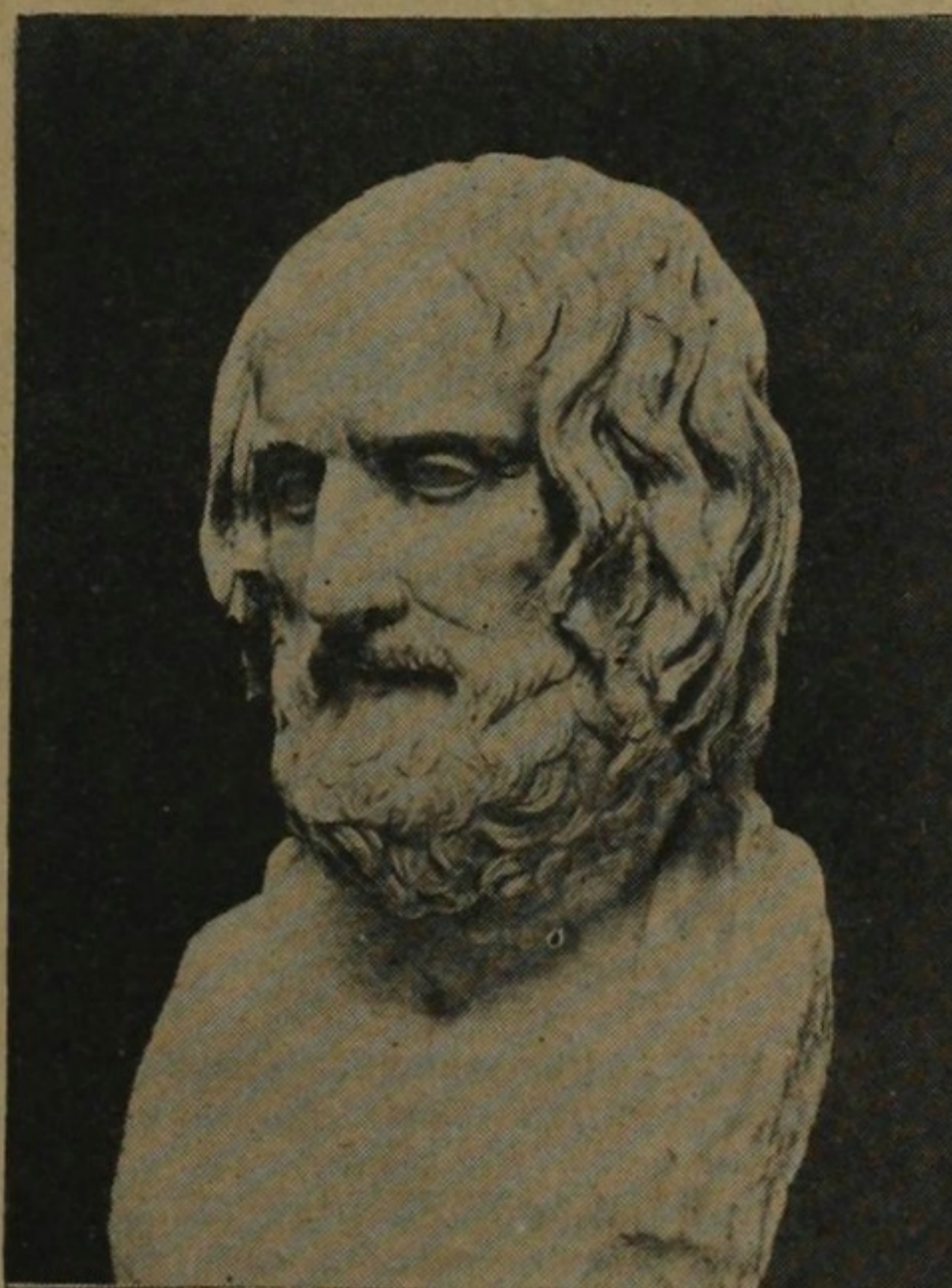
Eurípides.....	Sir Gilbert Murray	La propiedad y la moral moderna.....	Reinhold Niebuhr
Evaristo Ribera Chevrement.....	Vicente Geigel-Polanco	Carta alusiva.....	Félix Llorente
Poemas.....	Ribera Chevrement	No apartemos los ojos de Nicaragua.....	Juan del Camino
Bibliografía titular.....		Una página de Gissing.....	Persiles
La vida de Vivekananda (1).....	Rafael Cardona	Saludo a América.....	Consuelo Trigo de Azuola

De los dos dramas que ocupan el grueso de este volumen, al *Hipólito* podemos dejarlo que se explique solo. Sus dos mil quinientos años le han hecho poca mella. Tiene algo, no cabe duda, de la solemnidad de las cosas antiguas, pero nada de lo rancio; ni carece tampoco de interés de actualidad bastante a despertar nuestras vivas simpatías. Por severas que sean las líneas de su belleza, palpita en ella la ternura, y vibra la sutileza del sentimiento humano. Hasta sus conceptos religiosos, si los aceptamos con sencillez, olvidando la falsa mitología que hemos aprendido en los manuales, son fáciles de entender y están llenos de verdad. Es, si no el primero, uno de los primeros dramas de amor, y de tema que fácilmente pudo haber sido afeado. En efecto, lo afean escritores posteriores, especialmente los comentadores, que no se han dado tregua en su labor desde en época de los primeros escolios hasta nuestros días. Racine mismo, que quiso ser bondadoso con su Phèdre, la ha hecho venir a menos permitiendo que sufra el roce de ciertas fatales y erróneas sugerencias. La Fedra de Eurípides es mujer distinta por completo, y la calidad de su amor, aparte de las circunstancias que lo rodearon, es enteramente clara y fragante. El *Hipólito*, como la mayoría de las obras de una personalidad recia, tiene sus manierismos y tendrá, sin duda, sus defectos. Pero, en conjunto, es una obra de arte singularmente completa y satisfactoria: Deja lleno el espíritu: Es cosa de belleza a cuya contemplación podemos saludablemente entregarnos y de cuyo goce debemos estar agradecidos; y la atmósfera que en ella se respira es la del sortilegio de las cosas puras.

En *Las bacantes* hallamos una curiosa diferencia. Quizá supere al *Hipólito* como aliento de genio; su calidad es más rara e insólita. Pero deja al espíritu con hambre: Es cosa inhumana: Sopla en ella un aire frío, como de laberinto, aún en medio a los estremecimientos sorprendentes que produce: Fulgura con luz otromundana, aturde, confunde. Me figuro que intrigue a la mayoría de sus lectores lo

## Eurípides

=Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir Gilbert Murray del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las ranas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*=



Eurípides

Busto en mármol que se conserva en el Museo de Nápoles; copia del retrato auténtico del poeta que, a moción del orador Licurgo, fué colocado en el Teatro de Atenas en el siglo IV a. C.

que la tragedia signifique y que, por implicación, sienten que algún significado tiene.

Ahora bien, el significado de *Las bacantes* y cómo llegó Eurípides a escribir drama tan singular, además de un verdadero interés propio posee, a mi parecer, gran importancia con relación a ciertos movimientos sociales de la Atenas del siglo quinto antes de Cristo y a ciertas corrientes de la filosofía griega posterior a esa época.

Alguien ha dicho que, de haber visto Aristóteles, como en un espejo mágico, el curso de desarrollo y decadencia que la humanidad seguiría en los mil años después de su muerte, la desilusión le habría destrozado el corazón. Una desi-

lusión así, pero más aguda y más ardiente, porque las esperanzas de los hombres eran más altas y más ingenuas, les destrozó en efecto el corazón a muchos hombres dos o tres generaciones antes de Aristóteles. El reflejo de esta desilusión en la obra de Eurípides: El brillo de su primer albor, su amargamiento, la desesperanza, y, al fin, una visión postrera, medio profética de verdades y de posibilidades más allá de esa desesperanza, es lo que, a mi juicio, nos puede explicar en gran parte *Las bacantes* y servir de clave para mucho de las demás obras del poeta.

Quizá no ha habido periodo alguno en la historia del mundo, pero ni los comienzos de la Revolución Francesa con todas las perspectivas que abrió a los ojos de la ilusión, en el que el porvenir del género humano haya parecido tan brillante como pareció serlo a las más elevadas mentalidades del oriente de Grecia por los años del 470 al 445 antes de Nuestro Señor. Para nosotros, al volver ojos de crítico sobre ese tiempo, nos parece como si el árbol de la vida del hombre hubiese repentinamente florecido todo él con florecer exquisito y efímero que tanto inquieta cuando lo hallamos en cualquier momento de crecimiento histórico. Se pone uno, casi soñando a imaginarse lo que sentirían los hombres que vivieron esa época. De esos años nos quedan escasos testimonios directos. Tene-

mos el tono de exaltación solemne que informa a casi todo lo de Esquilo. La elevada confianza de *Los persas*, del *Prometeo*, de *Las euménides*. Tenemos el esplendor, medio esquivo, de ciertas porciones de Píndaro, como el Ditirambo en honor de Atenas y la cuarta Oda Nemea. Pero, en general, los hombres de ese día se mantenían demasiado ocupados—estaban demasiado felices, quisiéramos creer—para ponerse a escribir libros.

Hay, sin embargo, un testigo interesante aunque de una generación más bien joven. Herodoto puso fin a sus Historias cuando la gloria ya se había apagado y el porvenir parecía entregarse en nivelado equilibrio al bien y al mal.